

notas

renovación de la teología moral en España

La literatura teológica de nuestro país no abunda en obras sistemáticas, y menos aún en el campo de la moral. Tras los intentos de Marciano Vidal y Antonio Hortelano —éste último todavía incompleto—, acaba de ver la luz el primer volumen de un tratado de moral escrito en colaboración por diferentes especialistas españoles¹.

Este tomo consta de tres partes, de autores diferentes, que recorreremos en estas páginas en forma de presentación.

Un esbozo histórico de la moral: R. Rincón

Un tratado de moral que quiera ser completo no puede construirse a partir de cero, necesita situarse en esa larga tradición cristiana que hunde sus raíces en el AT. Es difícil en un espacio limitado (unas 80 páginas) sintetizar una historia larga y compleja. Raimundo Rincón ha trabajado en torno a dos grandes etapas: una primera, bíblica, seguida de otra que abarca toda la historia de la moral desde los Padres hasta nuestros días.

Su análisis de la ética bíblica resume las mejores investigaciones de los autores recientes en unas páginas apretadas que ponen ya de manifiesto cómo toda la moral se juega en el diálogo del hombre con el Dios que se revela progresivamente en la historia de la humanidad.

Toda la historia de la moral desde los Padres puede quizá entenderse a partir de aquellos momentos cumbres en que se ha realizado un cambio esclarecedor en los planteamientos de base. Estos momentos pueden vincularse,

(1) R. RINCON - G. MORA - E. LOPEZ AZPITARTE, *Praxis cristiana*. Volumen 1: *Fundamentación*. Madrid, Ediciones Paulinas 1980, 474 páginas.

además, a determinadas personalidades que han creado escuela: S. Agustín, Sto. Tomás de Aquino y S. Alfonso María de Ligorio serían aquí decisivos. Ya en nuestro siglo, en cambio, y como consecuencia de la complejidad de toda la ciencia actual, es difícil señalar una persona: por eso hay que recurrir mejor a todo ese esfuerzo renovador que recibe su espaldarazo definitivo con el concilio Vaticano II.

La moral de los sinópticos: G. Mora

Dentro del análisis de la ética bíblica el comité de redacción responsable de toda la obra ha creído oportuno un estudio específico y detenido de la dimensión moral de los evangelios sinópticos. La mayor amplitud de esta parte en contraste con la anterior (115 páginas) permite una profundización del tema que se estructura en torno a tres cuestiones.

En primer lugar, la pregunta por el fundamento: de dónde arranca la moral del NT. Y no hay otra respuesta que la que nace de la cristología y la antropología. El Reino de Dios, objeto de la predicación de Jesús y presente ya en su persona, es un proyecto para el hombre y una llamada a la acción. Jesús no es un predicador de utopías, sino el iniciador de un camino que llama a unos hombres concretos a seguirle.

Una segunda cuestión se refiere a los contenidos morales del NT, o más en concreto de los sinópticos. Gaspar Mora los reduce a siete categorías o actitudes: fe, conversión, seguimiento de Jesús, renuncia a toda posesión, libertad, amor a Dios y al prójimo, vigilancia.

Por último, tercera cuestión, cabe preguntar por el alcance de la moral del NT. Estamos en principio ante una moral para todos los hombres, en cuanto que su punto de partida es la revelación de Dios como Padre que llama a los hombres a la vida. Por lo que al hombre se refiere, interlocutor de esta llamada, toda la moral se condensa en una actitud totalizante como respuesta a esa invitación. Tal actitud puede sintetizarse en términos de fe, amor y libertad.

Fundamentación de la ética cristiana: E. López Azpitarte

Entramos así en la parte más amplia del volumen que presentamos (230 páginas). En ella se aborda de una forma sistemática lo que hoy se entiende por una ética construida desde el hombre y para el hombre, con todas las aportaciones que en la actualidad pueden ofrecernos las distintas ciencias y sin perder nunca de vista el último horizonte de todo proyecto ético: el Dios que se revela en Jesús.

En este sentido, creo que el tratado se articula sobre los dos problemas más controvertidos hoy en la fundamentación de la moral.

En primer lugar, la dialéctica entre ética personal y ética normativa, o entre autonomía de la persona y objetividad de la norma. Si asumimos con toda su radicalidad el carácter personal e irrepentible del hombre corremos el peligro de caer en un puro subjetivismo, donde ya no es posible un discurso ético interpersonal. Si, por el contrario, insistimos en el carácter objetivo de las normas y los valores y consideramos su realización irrenunciable para el hombre, podemos eliminar una dimensión básica de todo planteamiento moral: la responsabilidad del individuo.

Un segundo problema de la ética actual, de especial relevancia para el creyente, radica en la especificidad cristiana de la moral. ¿Qué añaden la fe y la revelación a una ética estrictamente humana? ¿Se puede decir que el cristiano tiene obligaciones morales diferentes, sobreañadidas a las de todo hombre, por el hecho de ser cristiano? ¿O hay que afirmar una total coincidencia entre la moral cristiana y la ética humana?

Las dos alternativas enunciadas en cada uno de los problemas planteados serían extremos que no hacen justicia a una concepción equilibrada de la moral. Para encontrar un equilibrio en ambos campos la lectura de estas páginas de Eduardo López Azpitarte ofrece un material rico y sugerente.

El punto de partida para una fundamentación adecuada de la moral hay que buscarlo, en la persona, en su despertar al comportamiento moral, entendido éste como algo *autónomo* (asumido responsablemente y no de forma mimética) y *auténtico* (mediante la purificación de las motivaciones que puedan actuar de forma inconsciente o subconsciente).

Arrancando del análisis antropológico para descubrir cuál es el proyecto ético fundamental, la plena realización de la persona humana, pronto encontramos a ésta confrontada con un mundo de valores objetivos que orientan y encauzan su conducta. Una sana concepción de la ley natural y una atenta consideración del carácter histórico de los valores éticos (en función del pluralismo cultural y del progreso de la ciencia, en una palabra, de la historicidad del hombre) no sería suficiente para garantizar el carácter personal del comportamiento ético. Por eso de lo objetivo, concebido con un «relativo relativismo» (en palabras del autor), hay que volver otra vez a lo personal. El estudio de la conciencia ilumina ahora cómo esos valores objetivos se actualizan y asumen libremente en comportamientos concretos: así, y sólo así, el valor pre-moral se convierte en verdadero valor moral.

■ Pero el hombre –mejor ahora, el creyente– se encuentra confrontado además con otra realidad objetiva: la revelación primero, la Iglesia y su magisterio después. La fe cristiana no parece origen de nuevos contenidos y valoraciones, a pesar de las opiniones contrarias, pero sí genera una actitud original que hace del cumplimiento de la ley, cualquier ley moral, un verdadero acto de adoración. Este equilibrio entre ética racional y moral cristiana lleva a considerar el tema del discernimiento cristiano y sus diferencias con las reglas de la democracia política o social, así como el del pecado en su doble dimensión personal y social.

Por último, no puede eludirse la actitud del creyente ante el magisterio moral. Desde hace unos quince años este problema se plantea con una virulencia especial. También aquí hay que huir de posturas extremas, matizando la función del magisterio como orientador de la conciencia, pero sin cerrar el paso a un «respetuoso disentimiento».

Esta última apreciación nos puede llevar de la mano hacia una conclusión que impregna todas las páginas que comentamos: el hombre es más que la ley, más que cualquier ley; por tanto, ninguna ley puede cerrarle el paso irrevocablemente. Y esta postura no queda contradicha o limitada, sino confirmada y reforzada por el Dios cristiano que se hace presente en la vida del creyente por la fe.

I. Camacho